

rable canto *Al Mar*, alianza feliz de la musa antigua y de la musa moderna. En él ha hecho *Quintana* lo que debe hacer todo poeta que aspire á unir la pompa, la animacion y los colores del mundo de la materia, con las abstracciones, los éxtasis y los sentimientos del mundo del espíritu: hermanar el cielo con la tierra, modelar con manos cristianas el mármol de la antigüedad.

» *Quintana*, si no sabe sostener siempre la unidad limpia y tersa del lenguaje, es, por su temple, su elevacion y su nobleza, digno alumno y rival de la musa antigua. No ha producido con sus obras ese rumor fugitivo que tomamos por gloria, y que á veces no es más que el eco de nuestras pasiones y de nuestros entusiasmos de un momento. Ha grabado su alma en su poesía, y ha dejado estampada en ella el sello de la inmortalidad. Su nombre vivirá mientras viva el habla castellana, mientras alienten corazones españoles que sepan palpar al recuerdo de la gloria y de la grandeza de la patria.»

## CAPÍTULO XVI.

Copleros andaluces.—Muñoz de Leon.—Lopez de Palma.—Gonzalez de Leon.—Repiso Hurtado.—Jaen.—Escuela poética sevillana.—Su carácter meticulouso é imitador.—Su gran mérito relativo.—Miembros distinguidos de la escuela.—Pléyade poética.—Nuñez.—Castro.—Roldan.—Arjona.—Reinoso.—Lista.—Matute.—Mármol.—Escuela granadina.—Alonso.—Escuela valenciana.—Martínez Colomer.

Sevilla, la patria de los *Herreras*, de los *Riojas* y de los *Arguijos*, es decir, uno de los centros más gloriosos de noble, limpia y elevada poesía, habia caido, en el siglo XVIII, en un abismo de vulgaridad y de afectacion literaria, que dejaba atras, si cabe, los delirios cultos y conceptuosos y las insulseces prosáicas de Madrid, de Zaragoza, de Valencia y de Salamanca. El contagio del estragado gusto de los *Montoros* y de los *Benegasis*, que allí tambien eran mirados como lumbreras del Parnaso, no sólo fué grande en las ciudades literarias de Andalucía, sino que acabó por paralizar toda inspiracion y hasta el amor á la poesía, que habia sido en todos tiempos cualidad peculiar de la imaginacion amena de los pueblos meridionales de España. Ni un *Gerardo Lobo* siquiera se presentó á alumbrar con tibia luz aquel anublado cielo del estro antiguo de Andalucía. La conmocion civilizadora que produjeron en la nacion entera los reinados de Fernando VI y Carlos III dió algun impulso á los adelantamientos intelectuales. En 1751 se fundó la *Academia Sevillana de Buenas Letras*; pero este instituto se consagró principalmente á estudios arqueológicos y á otras graves investigaciones científicas, y las letras amenas continuaron inertes ó envilecidas por el mal gusto y por la pública indiferencia. Coplas chocarreras, sembradas de equívocos y de chuscadas de ruin linaje, en que salian por lo comun tan mal parados el gusto como la decencia, constituian la poesía andaluza.

Uno de los poetas sevillanos ménos conocidos, y no de los peores de la extrema decadencia á que llegó la poesía andaluza durante el siglo XVIII, es don *Luis José Muñoz de Leon y Ocaña*. Habia escrito en sus juveniles años varias vidas de santos en verso, alguna en octavas, las más en romance endecasílabo, y tales eran su aficion á la poesía y su religioso espíritu, que todavía en 1771, á los setenta y cinco años de su edad, «baldado de un brazo, trémulo de cuerpo y casi ciego», escribió un prolijo poema *Á Santa Catalina de Sena* (1).

(1) El autor mismo lo refiere en el prólogo del poema. Tiene éste el siguiente título: *Rasgo aónimo y poema heróico en que se describe la vida de la seráfica virgen Santa Catalina de Sena* (códice en 4.º, 355 fojas). Este poema y las demas obras poéticas

de Muñoz de Leon se hallan manuscritas en la biblioteca provincial de Cádiz. Debemos el conocimiento de este poeta á la bondad y diligencia de nuestro amigo el señor don Adolfo de Castro.

Estas obras, y otras puramente líricas, de *Muñoz de Leon* se resienten por lo comun del discreto, del equívoco, del alambicamiento, que estragaban las letras en aquel triste período de transicion. La ménos incorrecta de sus poesías es una paráfrasis del salmo I de David, en ciento cincuenta estrofas. Algunas de ellas hay que, aunque poco esmeradas en la diction y no del todo limpias de los resabios de la época, se acercan algo á la noble sencillez que debe reinar en la poesía sagrada. Sirvan de muestra las siguientes del exordio:

Pan de lágrimas sea  
El continuo alimento que yo use,  
Porque en su gusto vea  
Á qué sabe el dolor, no lo rehuse;  
Que aunque lo amargo abarca,  
Alimento tambien fué de un monarca.  
.....  
Del dolor la vehemencia  
Rompa mi corazon, y en este giro,  
Con tu sacra asistencia,

Tambien rompa el silencio mi suspiro;  
Y puesto que á vos llevo,  
Lo que os pide, Señor, logre mi ruego.  
.....  
Y pues la voz sonora  
Que amorosa expresó tu labio amanto  
A aquella pecadora  
Magdalena, contrita, fué bastante  
A eximirla de agravios,  
Oiga yo la voz misma de tus labios...

Otro de los ménos insulsos, entre aquellos copleros, fué el médico sevillano don *Antonio Lopez de Palma*, muy dado al estudio de las *humanidades*; hombre de agudo ingenio, pero que siguió la corriente de su tiempo y de su país, y malogró, como tantos otros, sus prendas naturales (1). Compuso varios escritos satíricos, entre ellos dos que cautivaron la atencion pública por el desenfado y la intencion de sus chistes: *Romances contra los tomistas*, y *Pantomimáquia patética, ó Títeres fantásticos*. Publicó esta última sátira en Málaga, con el seudónimo de don *Anónimo Chacota*. El instinto satírico de *Lopez de Palma* era grande. *Lista*, adolescente todavía, conoció á este popular poeta, y nunca olvidó su desembarazo y su donaire. *Matute* lo coloca entre los hijos insignes de Sevilla. *Gallardo* dice de él que «sin exageracion puede afirmarse que fué el *Isla sevillano*» (2). *Gallardo* exagera. *Lopez de Palma*, aunque zumbon y agudo, no tiene ni la abundancia, ni el alcance, ni el rico lenguaje, ni la intensa ironía del jesuita leonés.

Merece igualmente ser mencionado en este histórico bosquejo otro coplero sevillano, que tambien conmemora *Matute* y alaban *Lista* y *Gallardo*: don *Antonio Gonzalez de Leon*, que desempeñó, entre otros cargos, el de oficial del Archivo general de Indias, y fué individuo de la Academia de Buenas Letras de Sevilla. Este escritor es una verdadera antítesis de su contemporáneo y paisano *Lopez de Palma*. Éste, dado á la sátira vulgar y chocarrera, se consagraba con ahinco y respeto á las humanidades; *Gonzalez de Leon*, que con predileccion cultivaba la lírica, desdeñaba el estudio de las humanidades y «no perdía ocasion alguna de ridiculizarlo» (3). Como se ve, habia algo anómalo y singular en la índole poética de ambos escritores. *Gonzalez de Leon* leyó en la Academia de Buenas Letras un estudio titulado *Reflexiones sobre las obras de ingenio y de elocuencia*. Era hombre de pensamientos levantados, y habria podido acaso ser buen poeta en mejores tiempos y en esfera más literaria (4). Tambien

(1) Murió en Abril de 1792.

(2) Apuntes autógrafos de don *Bartolomé José Gallardo*.

(3) Palabras de *Lista*.

(4) Creemos conveniente poner aquí algun ejemplo del estilo poético de *Gonzalez de Leon*, para que se forme idea de lo que eran los mejores poetas de Sevilla en el reinado de Carlos III. Tomamos el ejemplo de un drama alegórico relativo á este reinado:

### LA SABIDURÍA.

(Recuerda el restablecimiento de la universidad de Sevilla por Carlos III, y caracteriza las ciencias, las artes y la industria.)

Tú, grande *Teología*, santo estudio,  
Que la ciencia de Dios tratas y enseñas,

Y su dogma y misterios revelados  
Prestas á la observancia y la creencia;  
Tú, oh *Ciencia del Derecho*, que derivas  
Tu justicia del que es Justicia eterna,  
De cuya potestad las potestades  
Han el poder de que usan en la tierra;  
Tú, *Medicina*, criada del muy Alto  
Para ocurrir del hombre á las dolencias;  
*Filosofía*, que al conocimiento  
De la Causa de causas, fiel nos llevas;  
Tú, oh gran *Matesis* (a), que los senos hondos  
De la madre comun nos manifiestas,  
Y en proporcion, en número y medida,  
Á ejemplo del gran Dios, fijas tus reglas;  
Vos, *Nobles Artes*, que imitais las obras  
Del Hacedor de la naturaleza;

(a) Matemática.

escribió versos festivos, entre ellos, *Romances descriptivos de la vida de Olivares* (MS.), y obras ligeras para el teatro, como la zarzuela *El hijo de Ulises* (impresa en 1768), y los sainetes *El poeta cómico* (1768), sátira contra los vicios del teatro, así de autores como de comediantes, y *El frances por devoción* (MS.), sátira contra los jóvenes infatuados con las ideas y costumbres francesas; pensamiento burlesco, que más adelante reprodujeron, en diferente forma, doña Rosa Galvez en la comedia *Un loco hace ciento*, y Sanchez Barbero en la sátira *Los viajeros*.

Al terminar el reinado de Carlos III, el presbítero don Francisco Buendía y Ponce, de escasísimo número, compartía la gloria poética con Gonzalez de Leon, y ambos pasaban en Sevilla por los mejores representantes de los inmortales poetas que en venturosos tiempos habia inspirado el privilegiado cielo de Andalucía. Ambos fueron designados por aquella ciudad ilustre para celebrar el advenimiento al trono de Carlos IV (1).

Un presbítero ilustrado y laborioso, don Luis Repiso Hurtado, cura beneficiado de Lucena, individuo tambien, aunque honorario, de la Academia de Buenas Letras de Sevilla, y grande amigo del Conde de Noroña, gozaba en Córdoba de cierta nombradía de poeta en la segunda mitad del siglo XVIII. Escribió obras líricas y dramáticas. Pero era temerario su empeño. No hay en sus versos, impresos ó inéditos, destello alguno del arrebató de los verdaderos poetas. Sus poesías son triviales é insulsas, y con razon la posteridad las ha olvidado para siempre (2).

En Cádiz habia logrado asimismo cierta fama, y tenía por Mecénas al esclarecido Marqués de la Victoria, don Alonso Jaen y Castillo, zurcador de cantos épicos de la más perversa índole que puede imaginarse. A los vicios literarios de la época, unia Jaen falta de imaginación y sentido poético, y falta mayor todavía de sentido armónico. Así acaba una de las octavas del poema heroico que escribió *A la vida y virtudes de la reina doña María Amalia de Sajonia, esposa de Carlos III*:

Y el que teme insulto ó el que juzga amago,  
Lo siente golpe y lo llora estrago...

¡Qué idea tendría este descaminado versificador del acento y de la cesura en los versos endecasílabos! y lo más peregrino es que el poeta que tan absolutamente ignoraba las circunstancias elementales de la métrica, era ¡quién podría presumirlo! profesor de bellas letras en la ciudad de Cádiz.

Ocioso sería añadir nuevos testimonios al deplorable cuadro de la poesía andaluza en el período de la decadencia. Hombres verdaderamente ilustrados, y todos ellos poetas más ó ménos aventajados, pero libres ya del vulgar ó pedantesco espíritu que allí subyugaba las letras, hicieron cuanto estuvo á su alcance por introducir en Sevilla la reforma del gusto, que tan rápidos progresos habia hecho en Salamanca y en Madrid. Trigueros, Olavide, Jovellanos, el padre Miras, Vaca de Guzman, Forner: éstos fueron, ya con el ejemplo, ya con la doctrina, los más activos promovedores de la depuración de las letras en aquella tierra privilegiada de la gracia y de la inspiración. Don Pablo de Olavide, asistente de Sevilla, no se contentaba con satisfacer para sí propio su ferviente afición á las ciencias graves y á las letras ame-

Y tú, Industria, bosquejo, sombra, indicio  
De la sabia y sublime Providencia;  
Vosotras todas nuestro ensalzamiento  
Debeis á los Borbones...

La Jurisprudencia, despues de manifestar sus altos oficios de conservar en paz y justicia los estados y velar sobre las costumbres, exclama:

¡Oh dulce humanidad, cuán más segura  
Estás en esta edad que no en aquella  
De confusión, de estrépito y desorden,  
En que acalló á la ley la prepotencia,  
El bando y el partido!... ¡Siglos tristes

De la desolacion y la miseria  
Del humano linaje!

(1) El padre Manuel Gil levanta á las nubes el estro de estos infelices poetas.—*Relacion de la proclamacion del rey don Carlos IV, y fiestas con que la celebró la muy noble y muy leal ciudad de Sevilla*.—Madrid, imprenta de Ibarra, 1790; en folio.

(2) Véase el artículo Repiso Hurtado en nuestra *Reseña de varios poetas líricos del siglo XVIII*.

nas. Reunía en su palacio á los hombres más doctos y brillantes que encerraba Sevilla, y todos tenían por dulce solaz rendir culto, con el ejemplo y la doctrina, á las letras útiles ó amenas que civilizan y ennoblecen los estados. Jovellanos, el religioso murciano fray Miguel de Miras, y más adelante Forner, fueron allí los primeros propagadores de las poesías de fray Diego Gonzalez, y los que dieron á conocer las sabrosas primicias del ingenio poético de Melendez, de Iglesias y de otros poetas de Salamanca, ciudad á la cual cupo la gloria de anticiparse á todas las demas en la restauración de la sensatez literaria (1).

Estos laudables esfuerzos parecían estériles. La nueva doctrina no cundia. Sólo la encomiaba y aplicaba un limitado grupo de personas doctas, que, en su aislamiento, tenían trazas de antiguos sacerdotes iniciados en un misterio que habia de quedar fuera del alcance popular. Las reglas doctrinales no eran simpáticas, porque allí, áun más que en otras provincias, parecían cadenas del ingenio. Los reformadores escarnecían en sus sátiras á los copleros, y los copleros se burlaban á su sabor de los reformadores. Forzoso es confesarlo: el campo quedó, en los primeros tiempos, por las coplas desenfadadas, por los chistes vulgares, por el gusto popular desencadenado y pervertido. Pero éste era el triunfo pasajero del atraso y de la rutina. La sociedad española habia entrado en un período histórico de transformación y de adelantamiento, y aquellas semillas de buen gusto, que ántes parecían infructíferas, calladamente habian fermentado en el entendimiento de la generación naciente, á quien el porvenir pertenecía.

Ya cercano el término del siglo, unos cuantos estudiantes, oscuros sí, pero animosos y sedientos de gloria, realizaron casi de repente lo que no habian podido llevar á cabo los Olavides y los Jovellanos. No hablarémos aquí de la Academia Horaciana, establecida por Arjona y Matute, efímero ensayo de una asociación literaria que pusiese coto en Sevilla á los delirios del mal gusto. Este laudable intento, frustrado en manos de aquellos dos mozos sin autoridad y sin influencia, tomó poco despues vida y consistencia con la creación de la Academia particular de Letras Humanas. Tropiezos y amarguras tuvo alguna vez esta academia, á causa de la envidia que despertaba en los ignorantes ó en los apegados á las ideas antiguas.

(1) El malogrado caballero don Eustaquio Fernandez de Navarrete oyó referir, en su mocedad, á su sabio abuelo don Martin la anécdota del origen de las relaciones literarias entabladas, por los años de 1775 y 1776, entre Jovellanos y los poetas salmantinos fray Diego Gonzalez y Melendez Valdés. El señor Navarrete nos la trasmitió por escrito en los términos siguientes:

«Amigo siempre Jovellanos de todo lo que valia, mientras estuvo de oidor en Sevilla trataba mucho á fray Miguel de Miras, cuyas poesías no conozco, aunque se sabe por Melendez y fray Diego Gonzalez que celebraba en verso una belleza imaginaria ó real con el nombre de Trudina. Hablando un dia este religioso con don Gaspar, le dijo, no sin alguna presunción: «Yo tengo un fraile allá en Castilla que deja chiquitos á todos los poetas de nuestro tiempo.»—Aludía á fray Diego Gonzalez, á quien el padre Miras habia conocido cuando aquél estuvo de visitador en la provincia de Andalucía, y con el cual habia trabado amistad estrecha. Jovellanos, manifestando incredulidad, le pidió muestra de sus versos, y el padre Miras escribió á Gonzalez rogándole que enviase algunos, los cuales sorprendieron agradablemente á Jovellanos, y con razon, pues si la poesía del padre Gonzalez no es de las más ricas, tiene siempre una pureza de estilo y una elegancia

de lenguaje que no era fácil hallar entónces. Descó, pues, Jovellanos entrar en correspondencia con el excelente poeta, y así lo hizo. El padre Gonzalez, cuyo nombre poético era Delio, le contestó que no era él solo quien cultivaba las Musas en Salamanca, y le envió copia de los ensayos poéticos de Melendez (Batilo) y del padre Juan Fernandez de Rojas (Liseno), hombre de ameno ingenio, como lo demuestran la égloga y canción á la muerte de Delio, únicas obras poéticas que conozco del padre Fernandez, y su *Crotología, ó ciencia nueva de tocar las castañuelas*, en que se burla de la pedantería científica de los modernos.

Con este motivo dirigió Jovellanos su epístola ó idilio á los salmantinos, pidiéndoles noticias de su vida y estudios; á que contestaron Melendez con su pobrísima oda:

«La historia de Jovino  
Y el aurífero verso y tan sonoro, etc.;

y el padre Gonzalez con la hermosa y castiza composición que empieza:

«Jovino, descendido  
De claros y altos reyes, etc.

«Ni Jovellanos ni Melendez eran capaces entónces de hacer versos como los de esta composición.»

E. F. DE N.

Pero, primero la proteccion de *Fórner*, que era poderosa y resuelta, y más adelante el ascendiente mismo que iban cobrando en la opinion los académicos, por su talento, su saber, su entusiasmo y su perseverancia, hicieron triunfar á la academia de todos los obstáculos, y en pocos años llegó á constituir lo que se ha llamado la *moderna escuela poética sevillana*. Dos insignes escritores andaluces, *Lista* y *Galiano*, han consignado en sus obras la historia y el juicio crítico de esta academia. *Lista*, uno de los creadores de ella, al referir las vicisitudes, los principios doctrinales, el orden de tareas, y hasta las impresiones íntimas y amistosas de aquella interesante sociedad, da á su narracion el color simpático de los recuerdos de la juventud, el sello precioso y animado de la verdad y de la emocion (1). Pero juzga en causa propia; le embaraza el exorbitante y meticuloso amor á las formas, propio y peculiar de las doctrinas que profesó en su juventud, de las cuales, á pesar de su agudo criterio, no acierta á desprenderse, y viene á ser por ello, para tasar el valor absoluto de la escuela poética sevillana, un juez ménos abonado, ménos imparcial, ménos libre que *don Antonio Alcalá Galiano*. Imbuido éste, más profundamente que *Lista*, en la literatura general de Europa, y con especialidad en la inglesa; más convencido asimismo de la superioridad de la moderna crítica, que, dando alta importancia á la nitidez y á la correccion de la forma, antepone lo espontáneo y lo grande á lo convencional y á lo atildado; y dotado, por último, de una perspicacia analítica de primer orden, *Galiano* tenía en el presente caso una competencia eminente. Su juicio relativo no llega, ni en movimiento, ni en fuerza, al juicio de *Lista*, que recorre amorosamente las interesantes vicisitudes históricas de aquella meritoria escuela. Pero su juicio absoluto es, en cambio, magistral y decisivo. Sustituirlo con el nuestro propio, fuera vana arrogancia y estéril propósito. Copiar aquí algunos breves pasajes en que *Galiano* encierra la esencia de sus opiniones, es lo que dictan ahora el buen gusto y el buen sentido:

Casi con la llegada de *Fórner* á Sevilla coincidió el formarse allí una asociacion literaria con el título de *Academia de Buenas Letras* (que hubo de ser hácia 1793), y los que la componian, dedicados especialmente á la poesia, y apénas á la prosa, salvo en lo referente á la composicion poética, ó á la crítica sobre esta misma, desde luégo aparecieron con el carácter de lo que es comun llamar *escuela*, esto es, una congregacion de hombres que, si difieren, como es forzoso que suceda, en calidades intelectuales, tienen una doctrina comun para guía en sus trabajos y para regla en el juicio de los ajenos, y hasta cierta uniformidad de estilo...

Los principales de aquella academia, ó del gremio literario que en torno de ella se formó en la capital de Andalucía, han desaparecido ya todos del teatro del mundo, en el cual han llegado algunos, en época de la nuestra muy poco distante, á representar importantísimos papeles. Si con el trascurso de los años variaron un tanto su estilo, siempre conservaron entre sí alguna y no corta semejanza. Verdad es que posteriores y graves sucesos de naturaleza política, de los que tanto han influido en la suerte de nuestros literatos en el presente siglo, vinieron á ligar á varios de ellos con un lazo más sobre los que ántes los unia; lazo que apretó la desgracia, no llevada, doloroso es decirlo, con la debida firmeza y dignidad... La escuela sevillana, en los últimos días de los que de ella fueron lumbreras, vino á ser la de los apodados *afrancesados*, por haber servido con la pluma á los franceses, enemigos de su patria; porque dos de los miembros más distinguidos de aquel antiguo y ya acabado cuerpo, juntos con algun otro literato de la misma ciudad y época, llegaron á ser los corifeos y casi los únicos cultivadores de la literatura española en tiempo en que un gobierno duro, y por las circunstancias perseguidor de los más de los escritores de otras escuelas que le habian sido contrarios, les dió, no sólo amparo, sino patrocinio declarado, lo cual equivalia á darles un monopolio de poder é influjo...

El intento del que esto escribe, es dar á conocer la naturaleza de la escuela literaria de Andalucía de fines del siglo último y de los primeros años del presente, y á los literatos más notables que de ella y de la ciudad donde se formó, y también de toda España, fueron ornamento; hombres no ciertamente eminentí-

(1) *De la moderna escuela sevillana de literatura*. Artículo publicado por don Alberto Lista en el tomo primero de la *Revista de Madrid* (1838). Puede juzgarse del entusiasmo con que recordaba Lista, en la ancianidad, las nobles tareas y las desinteresadas amistades de la edad temprana, por estas palabras

del citado artículo:

Muchos años y revoluciones han pasado desde aquella época; pero en cualesquiera partes donde aún existen individuos de la *Academia de Letras Humanas*, saben que son amigos, y sin necesidad de juramentos ni de ceremonias misteriosas, cuentan con un vínculo que sólo romperá la muerte. ¡Venturosa época de la vida, que no volverá!

simos, pero que sobresalian bastante en el, por desdicha, poco alto nivel de la ilustracion española... Los sevillanos aspiraban á reproducir, á fines del siglo XVIII, la poesia del XVI y años primeros del siguiente, y á reproducirla casi tal cual era, y sobre todo, á renovar la diccion de Fernando de Herrera, su ídolo, y de los que del, á su entender, tan perfecto modelo habian sido principales secuaces é imitadores. De ello se desprende haber sido la nueva escuela sevillana tan artificial cuanto serlo cabe. La afieja costumbre de figurarse los poetas pastores, fué puntualmente por ellos seguida... Los sevillanos, al pintarse apacentando ovejas cuando, si ya no estaban ejerciendo su santo ministerio en el altar ó en el púlpito, trabajaban con la pluma en un aposento bien techado, tomaron nombres de los que eran llamados poéticos en aquella época, en que el nombre propio parecia digno sólo de la humilde prosa. *Blanco*, latinizándose el apellido para trasmutarle despues en nombre pastoril, pasó á ser *Albino*; *Reinoso*, de su nombre de pila Félix, sacó el de *Fileno*; *Lista*, de Alberto se volvió *Anfriso*, y con este nombre tomó el supuesto oficio de pescador, aunque hubo también de ser *Licio*, por su apellido... Los argumentos de las poesías solian corresponder al disfraz de los poetas. Siendo casi todos ellos eclesiásticos, no por esto dejaban de componer y publicar versos amatorios, sin escrúpulo ni recelo de faltar al decoro; en lo cual se repara aquí, no para reprender en ellos una conducta impropia del carácter de que estaban revestidos, pues sin duda no hubo de pasarles por la imaginacion hacer gala de faltar á lo que era una de sus primeras obligaciones, sino para mostrar que el arte con reglas engañosas, y no la naturaleza, los inspiraba, siendo fingidos sus amores, y no disimulándose la ficcion, pues los enamorados pastores *Albino*, *Fileno* y *Licio* eran quienes declaraban sus tiernos y apasionados afectos á las imaginarias *Dorilas*, *Clóris* ó *Filís*, sin que de tales galanteos y amorios pudiese resultar tacha á los presbíteros *Blanco*, *Reinoso* ó *Lista*. De aquí se seguia ser fingidas las pasiones que expresaban, y que, como figuradas y no sentidas, pareciesen artificiosas, tibias ó vagas y comunes, en lugar de ser vehementes ó intensas; mero producto de las reglas de su doctrina, que les mandaban tener amores y cantarlos, indudablemente porque, como de los andantes decia el caballero de la Mancha, su famoso imitador, pensaban de los pastores imaginados que uno sin amores era «árbol sin hojas y sin fruto, y cuerpo sin alma.» Pero á una con las poesías amatorias, las escribian los nuevos poetas sevillanos de las llamadas sagradas, ó digamos sobre asuntos religiosos, propio argumento para hombres de su santa profesion, y tal, que no sólo les consentia expresarse en obediencia á una inspiracion espontánea y genuina, sino que parecia en ellos natural desahogo de sus almas la concepcion y expresion de tales pensamientos. Sin embargo, las mismas poesías sagradas de aquellos ingenios, ciertamente no faltos ni de imaginacion ni de pasion, se resentian en gran manera del vicio radical de la fe literaria que habian abrazado. En vez de entregarse á los naturales ímpetus de una devocion sencilla, sincera y bien sentida, como aquella que inspiraba á fray Luis de Leon los magníficos trozos de su *Noche serena* ó el bellísimo principio y fin de la oda *A la Ascension*, los sevillanos del siglo XVIII, sin duda piadosos, seguramente doctos, contenian su piedad para darle direccion; ó, lo que es lo mismo, ántes de dar natural suelta á sus afectos, buscaban en los libros ó en la memoria los términos en que debian expresarlos. Contribuia á este modo de pensar y proceder la idea que se habian formado del lenguaje poético, que llegaron á considerar como la parte principal en la poesia. Ahora, pues, áun cuando en los escritos, así en verso como en prosa, y tal vez más en la composicion en verso, sea de grandísima importancia la belleza de la forma, conviene considerar que, buscándola por remedo ó mero estudio, suele desatenderse la inspiracion que lleva á encontrarla, y también que la belleza de la forma, lejos de estar reñida con la sencillez y naturalidad, la quiere por consorte, sin lo cual se cae en lo que llaman los pintores amaneramiento; defecto que existe tanto cuanto en los productos artísticos, en los literarios. Que en poesia pueden y deben usarse algunos vocablos y giros que no consiente la prosa, ni áun la más entonada, es muy cierto, y tiene en su favor la respetable autoridad del príncipe de los oradores romanos, grande escritor, además, en prosa, y mediano en verso; el cual, comparando con el orador al poeta, declaró á este último *verborum licentia liberior*; pero, en la pasion ciega al lenguaje poético, es comun tropezar con más de un escollo, siendo de éstos uno tonar lo extravagante por lo bello y exquisito, y otro, si no mayor, más peligroso, figurarse que con el uso de frases y voces rebuscadas y peregrinas un pensamiento trivial adquiere el valor más subido. En este último yerro, y áun en parte en el primero, incurrieron los poetas de que este artículo trata, ya al producir sus obras, ya al juzgar las ajenas...

De lo hasta ahora dicho en este artículo sobre la escuela novel sevillana, posible es, y áun probable, que se suponga que quien le escribe, es de ella enteramente contrario. Pero, en verdad, si lo es, lo es sólo hasta cierto punto y mirándola bajo un aspecto, mientras, considerándola por otro, se le declara completamente favorable. Al lado de la poesia natural, espontánea, inventora, sencilla, debe ponerse, aunque en lugar inferior, la poesia artificial, correcta, imitadora, elegante. Buscando eminencia en la primera, cuando faltan las condiciones necesarias para acertar, es comun caer en lo humilde, en lo extravagante, en lo insulto, hasta en lo pueril muchas veces. Dedicándose á la segunda, no puede haber fundada esperanza de llegar á grande elevacion; pero hay ménos peligro de caidas, y cuando éstas suceden, no son muy graves. Mucho hay que admirar en la poesia latina, y, con todo, la poesia latina es de la clase artificial, con algunas raras excepciones. La escuela sevillana conservaba ó renovaba buenas tradiciones en buenos ejemplos. No era de la poesia más alta, pero lo era de una elegante y pura, y los que de la misma escuela fue-